

Y si así no lo hicieras,  
Muy bien te castigaria:  
La cabeza de los hombros  
Luego te la cortaria.  
—Calles, calles, Sayavedra,  
Cese tu malenconia;  
Tórnate moro si quieres,  
Y verás qué te daría.  
Darte he villas y castillos,  
Y ropas de gran valía.—  
Gran pesar há Sayavedra  
D'esto que oír decía;  
Con una voz rigorosa  
D'esta suerte respondía:  
—Muera, muera Sayavedra;  
La fe no renegaría,  
Que mientras vida tuviere  
La fe yo defendería.—  
Allí hablara el rey moro,  
Y d'esta suerte decía:  
—Prendedlo, mis caballeros,  
Y d'él me haced justicia.—  
Echó mano á su espada,  
De todos se defendía;  
Mas como era uno solo,  
Allí hizo fin su vida.

(Cancionero de romances.)

<sup>1</sup> En los romances anteriores muere Saavedra en la pelea; pero no como en este, después de cautivo.

## 1088.

MUERTE DE DON ALONSO DE AGUILAR.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Estando el rey Don Fernando  
En conquista de Granada,  
Donde están duques y condes  
Y otros señores de salva,  
Con valientes capitanes  
De la nobleza de España,  
Desque la hubo ganado,  
A sus capitanes llama.  
Cuándo los tuviera juntos,  
D'esta manera les habla:  
—¿Cuál de vosotros, amigos,  
Irá á la sierra mañana  
A poner el mi pendon  
Encima del Alpujarra?—  
Mirábanse unos á otros,  
Y ninguno el sí le daba,  
Que la ida es peligrosa  
Y dudosa la tornada,  
Y con el temor que tienen,  
A todos tiembla la barba,  
Sino fuera á Don Alonso  
Que de Aguilar se llamaba.  
Levantóse en pié ante el Rey;  
D'esta manera le habla:  
—Aquesa empresa, señor,<sup>2</sup>  
Para mí estaba guardada,  
Que mi señora la Reina  
Ya me la tiene mandada.—  
Alegróse mucho el Rey  
Por la oferta que le daba.  
Aun no era amanecido  
Don Alonso ya cabalga  
Con quinientos de á caballo,  
Y mil infantes llevaba.  
Comienza á subir la sierra  
Que llamaban la Nevada.  
Los moros, cuando lo vieron,  
Ordenaron gran batalla,  
Y entre rambas y mil cuestras  
Se pusieron en parada.  
La batalla se comienza  
Muy cruel y ensangrentada;  
Porque los moros son muchos,  
Tienen la cuesta ganada:

Aquí la caballería  
No podía hacer nada,  
Y así con grandes peñascos  
Fué en un punto destrozada.  
Los que escaparon de aquel  
Vuelven huyendo á Granada.  
Don Alfonso y sus infantes  
Subieron á una llanada;  
Aunque quedan muchos muertos  
En una rambla y cañada,  
Tantos cargan de los moros,  
Que á los cristianos mataban.  
Solo queda Don Alfonso,  
Su campaña es acabada:  
Pelea como un león;  
Pero poco aprovechaba,  
Porque los moros son muchos  
Y ningún vagar le daban.  
En mil partes ya herido  
No puede mover la espada;  
De la sangre que ha perdido  
Don Alonso se desmaya.  
Al fin cayó muerto en tierra,  
A Dios rindiendo su alma:  
No se tiene por buen moro  
El que no le da lanzada.  
Llevaronle á un lugar  
Que es Ojicar la nombrada;  
Allí le vienen á ver  
Como cosa señalada.  
Miranle moros y moras,  
De su muerte se holgaban.  
Llorábale una cautiva,  
Una cautiva cristiana,  
Que de chiquito en la cuna  
A sus pechos le criara.  
A las palabras que dice,  
Cualquiera mora lloraba:  
—Don Alonso, Don Alonso,  
Dios perdona la tu alma,  
Que te mataron los moros,  
Los moros de la Alpujarra.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de Ce-  
gries, etc.*)

<sup>1</sup> Así este como los tres romances que preceden, se refieren á hechos acaecidos en la primera rebelion de los moros alpujarreños, posterior algunos años á la conquista de Granada. La cordura y sabiduria con que los Reyes Católicos, fiados en el arzobispo de Granada, Talavera, virtuoso, dulce y cristiano varon, trataron á los moros, segun lo capitulado con ellos, los iba convirtiendo evangélicamente, y los mantuvo en paz y sumision y aun en contento hasta el año de 1499 en que el ardiente celo y áspero fanatismo del cardenal Cisneros prevaleció en el ánimo de los Reyes, y los arrastró contra todo lo capitulado á perseguir á los moros, á obligarlos por fuerza y por engaño á convertirse, y en fin á ponerlos en la necesidad de sublevarse, como lo verificaron. Provocada así una guerra atroz é inmoral, si no innecesaria y del todo impolitica, volvieron los campos de las Alpujarras y de Sierra-Bermeja á cubrirse de sangre mora y cristiana, y á reproducirse el sistema de crueldad y carniceria, con mas exceso y ménos justicia que en los tiempos anteriores. Don Alfonso de Aguilar, hermano mayor del Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, quien segun el romance pinta, pero no la historia, se empeñó en un hecho caballeresco, murió en una de las últimas escaramuzas de la dicha guerra, después de ver espirar á su hijo primogénito Don Pedro, que tambien pereció allí, ántes que consentir apartarse de la batalla.

El valiente caballero Don Alonso, herido y cansado de combatir, tuvo todavía que hacerlo, y lo hizo como un león, contra el fuerte y valeroso moro el Feri de Ben Estepar, el cual después de una terrible y larga lucha remató á su noble adversario ya casi agonizante. El conde de Ureña, cuerdo capitán, aunque mal herido, y con su hijo muerto, trató de salvar á Don Alonso; pero viéndolo imposible, dejó al fin el campo: lo que dió margen á que algunos envidiosos le increpasen, como expresan dos versos de un romance, que dicen:

Decid, buen conde de Ureña,  
¿Dónde Don Alonso queda?

y en verdad que el Conde no dió motivo para que se le preguntase por su amigo en el mismo tono que Dios lo hizo á Cain por Abel su hermano.

<sup>2</sup> Acaso este verso y el que le sigue pudieron venir á la me-

## ROMANCES RELATIVOS A LA HISTORIA DE ESPAÑA.

moria de Cervantes, cuando al suspender la pluma con que escribió su inmortal Quijote, dijo:

Tate, tate, folloneicos;  
De ninguno sea tocada,  
Porque esta empresa, buen Rey,  
Para mí estaba guardada.

ROMANCES DE HECHOS INDIVIDUALES, AMORES Y SINGULARES BATALLAS ENTRE LOS MOROS GRANADINOS Y LOS CABALLEROS CRISTIANOS ESPAÑOLES. DESDE LA EPOCA DEL REY DON JUAN II, AL FIN DE LA DE LOS REYES CATÓLICOS<sup>1</sup>.

ROMANCES QUE TRATAN DE LOS AMORES DEL MORO ABINDARRAEZ CON LA HERMOSA JARIFA<sup>2</sup>, Y DEL NOBLE PRO-CEDER QUE USÓ CON ELLOS DON RODRIGO DE NARVAEZ.

## 1089.

DE CÓMO SABIENDO ABINDARRAEZ Y JARIFA QUE NO ERAN HERMANOS, SE DECLARARON AMANTES.

(De Lucas Rodríguez.)

Críose el Abindarraez  
En Cártama, esa Alcaidia,  
Hasta que fué de quince años,  
Con la hermosa Jarifa.  
Padre llamaba al Alcaide,  
Que él en guarda lo tenía,  
Y Jarifa como hermana  
Le regalaba y servía,  
Y solos por los jardines  
Se andaban de noche y día,  
Cogiendo de entre las flores  
La que mejor les placía.  
Si Abindarraez cantaba,  
Jarifa le respondía;  
Y si acaso estaba triste,  
Jarifa se entristecía.  
Estando una madrugada,  
Ya que la aurora salía,  
Sentados junto a fuente  
Que el agua dulce corria,  
Jarifa de Abindarraez  
Muchas veces se retira,  
Y aunque alegre rostro muestra,  
No burla como solía,  
Antes de muy congojada,  
En mirándole sospira.  
El valiente Abindarraez  
Mucha tristeza sentía,  
Y con la voz amorosa  
La pregunta, ¿qué tenía?  
Jarifa, como discreta,  
Sospirando respondía:  
—¡Ay, Abindarraez querido!  
¡Ay alma del alma mía!  
¿Cómo se nos va apartando  
El contento y alegría!  
Que á mi padre anoche oí,  
Fingiéndome estar dormida,  
Que hermandad ni parentesco  
Entre nosotros no había,  
Y que de aquesta frontera  
El Rey alcaide os hacia,  
Y que mi padre en Coin  
Quiere el Rey que asista y viva.  
Y pues oí el desengaño  
Eu que engañada vivía,  
Siendo mi gloria tan breve,  
¿Cómo podré tener vida?—  
Estando los dos amantes  
En su triste despedida,  
Llega á Abindarraez un paje  
A pedille las albricias.

<sup>1</sup> Tan semejantes son estos romances á los moriscos novelescos y á los de Caballería, que en cualquiera de los de estas

clases pudieran formar una seccion; pero como pasan por históricos, entre ellos los hemos colocado. Sus asuntos se refieren á las últimas guerras de Granada, y su composicion parece que pertenece próximamente á la segunda mitad del siglo xvi. Los últimos alientos del espíritu caballeresco castellano resuenan en ellos con extraordinario brillo; pero ¡ah! sin aquella enerjia ruda y áspera, mas grande y noble, que inspiraba á los cantores de Fernán Gonzalez, del Cid y de los reyes batalladores, el amor patrio, y si se quiere el fanatismo religioso. La estéril gloria del valor personal, y de agradar á las damas, ó de ganar el favor cortesano, preponderaba y descollaba sobre otras miras mas nobles y sublimes. La aristocracia y el pueblo habian abdicado su poder político, y se sometieron sin restriccion al poder absoluto de los monarcas, haciéndose instrumentos de él. Por eso los romances de Pulgar y de Garcilaso de la Vega representan caracteres y pensamientos tan diferentes y diversos de los viejos que son ó proceden de los primitivos.

<sup>2</sup> Para distinguir este Abindarraez de aquel cuya historia hemos colocado en los romances moriscos fabulosos, se le llama el Mozo, ó el Sobrino. Este epíteto es tanto mas necesario cuanto sin él podrian confundirse los dos homónimos, no solo por el nombre suyo, sino tambien por el de las damas á quienes servian, puesto que ambas se llamaban Jarifas. Los hechos que se refieren en el romance, y sobre todo la noble generosidad de Rodrigo de Narvaez, y la fidelidad del moro Abindarraez, han sido siempre tan célebres y populares, que dieron asunto á los poetas y novelistas para muchas composiciones. Entre ellas se distingue la novela intitulada *El Abencerraje*, que Antonio de Villegas insertó en su inventario, edicion de 1585, folio cx, y que se formó sobre otra mas antigua. Tambien Jorge Montemayor, en su *Diana* intercaló un poemita al mismo asunto, y en fin otros varios mas ó ménos célebres poetas escribieron sobre él romances y canciones populares.

## 1090.

DE CÓMO YENDO ABINDARRAEZ Á GOZAR DE JARIFA FUÉ CAUTIVADO POR NARVAEZ.

(De Lucas Rodríguez.)

Por una verde espesura  
Que junto á Cártama había,  
Camuaba Abindarraez  
Por una fragosa vía  
En un caballo castaño  
Muy preciado que tenía.  
Dorado lleva el jaez,  
De escarlata la mochila,  
Las estriberas de plata,  
Espuelas de oro traía,  
Y el lazo del horcegui  
Un corazon parecia:  
Dos saetas le atraviesan,  
Y dos manos le rompián.  
Lleva marlota azul clara,  
Labrada de plata fina;  
El capellar era verde,  
Cubierto de pedrería,  
Y una toca acetinada,  
Que siete vueltas tenía,  
Con rapacejos de oro,  
Que se los puso Jarifa;  
Y aunque el moro iba gallardo,  
Por de dentro armado iba  
Con casco de fino acero  
Y una cota jacerina;  
Adarga de ante embrazada,  
La lanza larga y tendida,  
El puñal con cabos de oro,  
Y al lado una damasquina.  
Iba el moro tan gallardo  
Por el bien que le venía,  
Y por pasar su camino  
Cantaba en algarabía:  
Mas su suerte de envidiosa  
D'este placer le desvia,  
Porque el alcaide de Alora<sup>1</sup>,  
Con nueve en su compañía,  
Concertaron que una noche  
Que clara luna hacia,  
Fuesen á correr la tierra  
Y á ver lo que en ella había;

Y llegados á un camino  
Que en dos partes se partía,  
Los cinco iban por el uno,  
Narvaez por el otro iba;  
Y ántes que se despidiesen,  
Este concierto hacían:  
Que en viéndose en apretura,  
Tocasen una bocina;  
Y aun no eran bien apartados,  
Hélo el moro do venía.  
Todos cinco lo acometen  
Con ánimo y osadía;  
Mas el moro enamorado  
Tiene tanta valentía,  
Que escaramuza con todos,  
Y tres en tierra tendía.  
Los dos viéndose en aprieto,  
Han tocado la bocina;  
Oídolo había Narvaez,  
Y de presto allí venía:  
Manda que se aparten todos,  
Que él solo combatiría.<sup>2</sup>  
Juntanse los dos guerreros:  
¡Oh qué batalla se hacía!  
Que si Rodrigo es valiente,  
El moro igual se sentía;  
Mas Rodrigo de Narvaez  
Al moro dió una herida.  
Dícele: — Ríndete, moro,  
Si quieres quedar con vida.—  
Responde el moro á Narvaez,  
Aunque con voz dolorida:  
—Mal podrá ser tu captivo  
El que ya lo es de Jarifa.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

<sup>1</sup> Entónces era alcaide de Antequera, y no de Alora, el ilustre caballero Don Rodrigo de Narvaez.

<sup>2</sup> Este arrojo y noble valentía no la han desmentido, que sepamos, los descendientes del alcaide de Alora. Entre ellos brilla el que señalando su pecho á las balas decía á sus contrarios que por detras le acometían: Aquí, aquí hieren los valientes á los valientes que no vuelven las espaldas. Así, cual tantas veces peleó en favor de la libertad y combatió al despotismo y á la anarquía, consiga ahora, como lo intenta, acabar con los gérmenes de discordia que existen entre partidos y hombres señalados, y dignos de unir sus esfuerzos en pro de la España y de sus glorias. Si tal consiguiera abriendo sus brazos y los de la patria á sus contrarios que combatió y venció sin humillarlos; si logra su noble intento de hermanar la libertad con el orden y la moralidad, y consolidarlos de modo que todas las opiniones sin riesgo puedan alternarse y corregirse unas á otras en la práctica del mando, habrá superado el mérito, el valor y el patriotismo del alcaide de Alora, su antepasado, y si no en un romance popular, si en la historia llegará su nombre á la posteridad. Pero aunque no consiga su intento, aunque otro esté destinado á destruirlo renovando los males pasados, ó á realizarlo continuando sus instintos prudentes, nobles y generosos, no por eso perderá la gloria de haber sido el primero en intentarlo, logrando que hasta sus contrarios se lo celebren y ensalcen. Justo es pues que, los que sin ser sus favorecidos nos preciamos de españoles, por temor de que se nos tache de lisonjeros no dejemos de ensalzar al hombre cuya mayor recompensa será que se le presente á los tiempos futuros, tal como será juzgado en la historia cuando al borde de su sepulcro desaparezcan los odios provocados por rivalidades, y los defectos privados del individuo, pábelo ordinario de la maledicencia contemporánea. Entónces solo se juzgará el hombre público, y los nobles instintos que impulsaron sus acciones. (Véase la nota del número 1095.)

1091.

DE CÓMO ABINDARRAEZ REFIERE SUS AMORES Á NARVAEZ,  
Y ESTE LE PERMITE IR Á GOZARLOS.

(De Lope de Vega.)

Cautivo el Abindarraez  
Del alcaide de Antequera,  
Suspiraba en la prisión.  
¡Cuán dulcemente se queja!  
Don Rodrigo le pregunta  
La causa de su tristeza;  
Porque el valor de los hombres

En las desdichas se muestra.  
— ¡Ay! dice el Abencerraje,  
¡Valiente Narvaez, si fueran  
Mis suspiros, mi prisión,  
Vuestra vitoria, mis quejas,  
Agraviara mi fortuna,  
Pues me dan méenos nobleza  
Que ser vuestro esclavo, Alcaide,  
Ser Bencerraje y Vanegas!  
Hoy cumplo veinte y dos años;  
Esos mismos há que reina  
Una mora en mis sentidos  
Por alma que los gobierna.  
Nació conmigo Jarifa,  
Bien debéis de conocerla,  
Porque tienen igual fama  
Vuestra espada y su belleza.  
¡Mal dije veinte y dos años,  
Pues cuando estaba en su idea,  
A quererla, ántes de ser,  
Me enseñó naturaleza!  
Ni por estrellas la quise,  
Que fuera del cielo ofensa,  
Si para amar su hermosura  
Fueran menester estrellas.  
El criarnos como hermanos  
Hizo imposible mi pena,  
Desesperé mi esperanza,  
Y entretuvo mi paciencia.  
Declaróse nuestro engaño  
En una pequeña ausencia;  
Si bien la de sola un hora  
Era en mis ojos eterna.  
Por cartas nos concertamos  
Que fuese esta noche a verla.  
Sali galan para bodas,  
Que no fuerte para guerras.  
Cuando llegastes, Rodrigo,  
Iba cantando una letra  
Que compuse á mi ventura,  
Que á mis desdichas pudiera.  
Resistime cuanto pude;  
Mas no valen resistencias  
Para contrariar fortunas:  
Preso yo, Jarifa espera.  
¡Qué bien dicen que hay peligro  
Desde la mano á la lengua!  
¡Pensé dormir en sus brazos,  
Y estoy preso en Antequera! —  
Oyendo el piadoso Alcaide  
Su historia amorosa y tierna,  
Para volver á Jarifa  
Liberal le dió licencia.  
Llegó el moro, y el suceso  
Después del alba le cuenta;  
Que no son historias largas  
Antes de los brazos buenos.

(VEGA CARPIO, *La Dorotea*.)

1092.

DOLIDO NARVAEZ DEL AMOR DE ABINDARRAEZ, LE PERMITE  
IR Á GOZAR DE JARIFA, Á CARGO DE TORNAR DENTRO DE  
TRES DIAS.

(De Lucas Rodríguez.)

Al campo sale Narvaez,  
Vasallo del rey de España  
Y alcaide de Antequera,  
Con ilustre cabalgada,  
Todos á punto de guerra,  
De gran nombradía y fama.  
Salen por topar los moros,  
Haciendo alguna emboscada.  
La media noche sería,  
La tierra en silencio estaba;  
Narvaez sube á un otero,  
De allí la luna miraba.  
Tan clara estaba y serena,

Que de vella se admiraba;  
La noche parece día,  
Segun el cielo mostraba.  
El camino por do iban  
En dos caminos se aparta:  
Por el uno el gran guerrero  
Con los cuatro solo marcha;  
Los cinco van por el otro,  
Mas con señal concertada  
Que en viéndose en apretura  
Una corneta se taña.  
Por medio de una arboleda,  
Que el aire la meneaba,  
Una voz oyen de un moro  
Que echa suspiros del alma  
Tan fervorosos y ardientes,  
Que el campo atemorizaba.  
Encima de un gran caballo  
Trae embrazada la adarga,  
Dos limpios y agudos hierros  
Puestos en la gruesa lanza;  
Marlota de seda verde  
A la morisca broslada;  
Una gran toca revuelta  
Con rapacejos de plata;  
Valiente alfanje ceñido  
Con tanta borla encarnada;  
Borcegui con lazo de oro  
Y rica espuela dorada.  
Bien muestra en su gala el moro  
Que amor le señoreaba:  
Esta es la cancion que dice,  
Aunque en arábigo canta:  
—En Cártama fui criado,  
Pero nacido en Granada,  
Y por la ventura mia  
En Coin tengo mi alma.—  
Los caballeros de verle  
May gran contento tomaban,  
No por la cancion suave,  
Aunque á enamorar bastaba;  
Mas por solo el interese  
De tan rica cabaigada.  
Todos cinco le acometen  
Para que no se les vaya:  
Ya le contaban por preso,  
¡Mas ay, y cómo se engañan!  
Porque el moro es tan valiente  
Cuanto amador se mostraba,  
Y viéndose de tal suerte,  
Al punto el cantar dejaba.  
Llegó la adarga á los pechos,  
Empieza á jugar la lanza,  
Y presto les dá á entender  
Cuánto es el valor que alcanza,  
Porque en solo aquel camino  
Le va la vida y el alma.  
Entra y sálese de entre ellos  
Con sobrado esfuerzo y maña;  
Ellos procuran prenderle;  
¡Ay cuán caro les costaba!  
A los tres tendió en el suelo,  
A los dos muy mal maltrata.  
El uno, viéndose tales,  
La corneta que sonaba.  
Oídola había Rodrigo,  
Tomólo por nueva mala.  
Llegó con los cuatro suyos  
Do está la lid comenzada,  
Y viera la escaramuza  
Casi del todo acabada,  
Porque los cinco murieron;  
Si él tan presto no llegar,  
Manda que se aparten todos  
Que él solo quiere acabar,  
Y aunque está cansado el moro  
Muy grande esfuerzo mostraba.  
Luego los dos se acometían;  
¡Oh qué hermosa batalla!

Que si Rodrigo es valiente,  
Al moro ¿qué le faltaba?  
Mas Rodrigo acertó al moro  
En el muslo una lanzada,  
Y por ser sobre cansado  
El moro muy mal la pasa.  
Llegan á asirse á los brazos,  
El moro en tierra se halla:  
—No me rendiré, le dice,  
Sino á la que rendi el alma.—  
Narvaez tan firme al verte,  
A levantar le ayudaba:  
Cabalgan y dan la vuelta;  
Por su preso le llevaba.  
Rodrigo pregunta al moro  
Quién es ó lo que demanda.  
—Dime, replica, tu nombre,  
Después haré lo que mandas.  
—Soy Rodrigo de Narvaez,  
Vasallo del rey de España.—  
El moro con rostro alegre  
D'esta manera le habla:  
—Tu gran valor, caballero,  
Me quita de ti la saña,  
Pues tu valiente persona  
Es de todos estimada,  
Y aquel que de ti es vencido,  
Muy mayor victoria gana.  
Yo me llamo Abindarraez,  
Y mi padre así se llama;  
Soy de los Abencerrajes,  
Que eran la flor de Granada,  
Y por su ventura triste  
Fué la mia desdichada.—  
Luego le contó la historia  
Y los amores que trata,  
Diciéndole cómo iba  
Al llamado de su dama,  
Con que su penada vida  
Habie de ser remediada,  
Y que su corta ventura  
De tal suerte lo estorbaba.  
Don Rodrigo, como es noble,  
Tenido le ha grande lástima,  
Y dícele: — Caballero,  
Si me das tu fe y palabra  
De volverte á mi prisión  
Fenecida esta jornada,  
Yo te torné en libertad,  
Y sigue en paz tu demanda.—  
Viendo el moro tal grandeza,  
Manos y piés le besaba,  
Y por Alá le promete  
De volver preso á su casa;  
Y tomada la licencia,  
Solo el moro se tornaba,  
Do prosiguió sus amores  
Todo como él deseaba,  
Hasta volver en prisión  
Como prometió y jurara.  
Prometió de venir solo,  
Consigno trujo á su dama.  
Rodrigo lo estima en mucho,  
Al punto lo libertaba,  
Con que quedó entre los dos  
Grande amistad confirmada.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*, etc.)

1095.

DE CÓMO DESPUES DE GOZAR Á JARIFA, EN CUMPLIMIENTO  
DE SU PALABRA TORNA ABINDARRAEZ CON SU ESPOSA Á  
PODER DE NARVAEZ, QUE SIN RESCATE LES DA LIBERTAD.

(Anónimo.)

Ya llegaba Abindarraez  
A vista de la muralla  
Donde la bella Jarifa

Retirada le esperaba,  
Sin un punto de sosiego,  
Diciendo: — ¿Cómo se tarda  
Mi contento, que no viene?  
¿Si le goza allá otra dama?  
¡Mas, ay triste, que no temo  
Que olvido sea la causa!  
Temo, cuitada, el peligro,  
Que viniendo de Cartama  
Se le ofrezca algo en Alora  
Con los cristianos de guarda,  
Que corren de noche el campo  
Todos juntos en escuadra,  
Donde ni le basten fuerzas,  
Ni jugar lanza y adarga.  
Mas si esto le sucediese,  
¿Para qué quiero yo el alma?  
¡Imposible es que yo viva,  
Ni podrá vivir quien ama,  
Viendo á su querido muerto,  
Por su causa, en la batalla!—  
Con estas y otras congojas  
De llorar no descansaba,  
Y otras veces de tristeza  
En su estrado se arrojaba;  
Y otras veces se ponía  
De pechos en la ventana,  
Y entre una y otra almena  
El campo en torno miraba.  
No le da miedo estar sola,  
Ni las sombras la espantaban,  
Ni los nocturnos bramidos  
Que suenan en las montañas;  
Que lo mas priva lo ménos,  
Y de lo mas recelaba.  
Por su amado gime y llora;  
De sí no se le da nada,  
Y dando en esto un suspiro  
Quitóse de la ventana.  
Entra luego su leal dueña,  
Que alegre y regocijada  
Le dice que Abindarraez,  
Con el cuento de la lanza,  
Dió tres golpes á la puerta,  
Que es la seña concertada;  
Que en ella arrendó el caballo,  
Y ya sube por la escala.  
¡Oh, cuán gallardo y dispuesto!  
¡Cuán rico y lleno de galas!  
Cuando ya el valiente moro  
Estaba dentro en la sala,  
Aljuba rica vestida  
Con alamares de plata,  
Altas plumas en la toca  
Prendidas con la medalla;  
El pomo del rico alfanje  
Es un águila dorada,  
Cuyo puño está entallado  
En riquísima esmeralda.  
De aquesta suerte entra el moro  
Sin poder hablar palabra,  
Que el contento que da amor  
No es contento, si se habla,  
Hasta que ya poco á poco  
Va cobrando fuerza el alma;  
Con la cual satisfacción  
Los dos amantes se abrazan,  
Y aquella noche celebran  
La boda tan deseada.  
Tambien se partieron juntos  
Para Alora, en la montaña,  
Con un tan rico presente  
Cual de los dos se esperaba.  
El Alcaide los recibe,  
Y sin precio los rescata,  
Usando de su largueza  
Y virtud acostumbrada,  
Teniendo por justo precio  
El cumplirle la palabra,

Tan cumplidamente el moro,  
Pues iba con él su dama.

(Flor de nuevos y varios romances, 5.ª parte.  
It. Romancero general.)

1094.

DONDE SE CONTIENE TODA LA HISTORIA DE ABINDARRAEZ,  
• JARIFA Y RODRIGO DE NARVAEZ.<sup>1</sup>  
(De Juan de Timoneda<sup>2</sup>.)

Por el ausencia de Febo  
La tierra se entristecía,  
Y la hermana casta y bella  
Mostrar su rostro quería,  
Cuando la encubierta noche  
Mayor silencio tenía,  
Se salen juntos de Alora  
Ilustre caballería.  
Diez solos son los guerreros,  
Y el capitán que regia  
Es Rodrigo de Narvaez,  
Que espanto á Marte ponía,  
Que de Alora y Antequera  
Es alcaide de valía,  
Que el infante Don Fernando  
Le diera aquella alcaldía,  
Pues por su esfuerzo sobrado  
Muy bien la merecía,  
Porque él ayudó á ganarlas  
Cuando á los moros vencía.  
Para mejor defendella  
En Alora residía  
Con valientes hijosdalgo  
Que le hacían compañía.  
Con ellos estaba hablando,  
Que grande amor les tenía:  
—Paréceme, caballeros,  
Pues que la noche venía  
Tan serena, clara y bella  
Como si fuese de día,  
Que nuestros vecinos sepan  
Que los que guardan la villa  
De Alora no están durmiendo,  
Como alguno pensaría.—  
Todos dicen á una voz  
Con ánimo y osadía,  
Que él hiciese y ordenase  
Lo que á su honra cumplía,  
Que todos estaban prestos  
De seguir su compañía.  
Luego el valeroso Alcaide,  
Como acordado tenía,  
Hizo armar los nueve d'ellos,  
Que llevar mas no quería.  
Ya salen los caballeros  
Con esfuerzo y gallardía,  
Por una escondida puerta  
Que en la fortaleza había.  
Nueve son, diez con Narvaez,  
No hay en ellos cobardía;  
Cada cual para tres hombres,  
Y aun para cuatro valía.  
A poco trecho pararon,  
Porque el campo dividían  
Dos caminos, y el Alcaide  
D'esta suerte les decía:  
—Vamos cinco por aquí,  
Cinco por esotra vía:  
Si por ventura topamos  
Contrarios en demasia,  
Y vencerlos no podemos,  
Lo que á mi me parecía,  
Toquemos una corneta,  
Y aquesto señal sería  
Que se demanda socorro,  
Y acuda quien mas podía.—  
Aquesto así concertado,  
El Alcaide se partía.

Con los cuatro compañeros,  
Y se fué por la una vía;  
Los otros cinco por otra,  
Con ánimo y osadía,  
Hablando en cosas de guerra  
Lo que bien les parecía.  
A poco trecho que fueron,  
El delantero decía:  
—Tenéos atrás, caballeros,  
Escuchemos qué sería  
El rumor que viene allí.—  
Lo cual luego se hacía.  
Métense en una arboleda  
Muy espesa que allí había.  
Desde á poco tiempo vieron  
Venir con gran lozanía  
Un valiente y gentil moro,  
De hermosa filiosomía,  
En un caballo ruano  
Poderoso á maravilla,  
Amenazando los vientos  
Con la furia que traía,  
Y la silla con el freno  
Eran de grande valía,  
Con muchas borlas de grana,  
Demostrando el alegría  
Que llevaba el fuerte moro;  
Y en lo demas que traía,  
Las cabezadas de plata  
Labradas como en Turquía;  
Un caparazon bordado  
De aljófar que relucía,  
Y los estribos dorados,  
Arzones de plata fina.  
El moro venía vestido  
Con extraña galanía,  
Marlota de carmesí  
Bordada de pedrería,  
Un albornoz de damasco  
Verde, con gran gallardía;  
Una fuerte cimitarra  
A su costado ceñida,  
El puño de una esmeralda,  
Pomo de piedra zafira,  
La garnición era de oro,  
La vaina de pedrería,  
Una adarga entre sus pechos,  
De fuerte piel granadina  
A la morisca labrada,  
Una luna por divisa.  
El brazo lleva desnudo,  
Que muy fuerte parecía;  
Una lanza con dos hierros,  
Que veinte palmos tenía.  
Con aquel hercúleo brazo  
Fuertemente la blandía;  
Rica toca en la cabeza,  
Que tuneci se decía;  
Con las vueltas que la daba,  
De armadura le servía,  
Con rapacejos colgando  
De oro de Alejandria.  
Parecía el fuerte moro  
Un Héctor en valentía:  
Iba en todo tan gallardo  
Y tan lleno de alegría,  
Que con una voz graciosa  
Aqueste cantar decía:  
—En Granada fui nacido  
De una mora de valía,  
Y en Cartama fui criado  
Por triste ventura mía;  
Tengo dentro de Coin  
La cosa que mas quería,  
Que es mi bien y mi señora,  
La muy hermosa Jarifa.  
Ahora voy por su mandado  
Do muy presto la vería,  
Si le placiera á Mahoma,

Antes que amanezca el día.—  
Con tanta gracia cantaba,  
Porque en todo la tenía,  
Tanta, que á un corazón triste  
Bastaba á dar alegría.  
Los caballeros salieron,  
Que elevados los tenía,  
El moro cuando los vió  
De presto se apercibía,  
Y en un espacioso llano  
Sin temor los atendía.  
Estando el moro aguardando,  
A él solo uno venía,  
Y los cuatro se quedaron,  
Usando de cortesia.  
Escaramuzan los dos  
Sin muestra de cobardía,  
Dale el moro dos lanzadas,  
Y al punto al suelo caía.  
Los caballeros que vieron  
Cómo el moro se regia,  
Arremeten los dos d'ellos,  
El moro los atendía.  
Fuertemente le combaten,  
Pero bien se defendía,  
Porque trae mejor caballo,  
Y entra cuando quería,  
Y con la misma destreza  
A sus tiempos se salía.  
Enojado andaba el moro,  
Al uno d'ellos derriba;  
Los otros dos, que miraban,  
Sin usar mas cortesia,  
Arremeten todos juntos;  
Cada cual como podía  
Ayuda á su compañero;  
El moro con los tres lidia.  
Aunque cualquier de los tres  
Tanto como tres valía,  
Y aunque los tres iban juntos,  
El moro no los temía.  
El un caballero d'ellos  
Herido al moro tenía  
De una lanzada en un muslo,  
De que muy mal se sentía.  
Con rabia de verse así,  
Al que le hirió le decía:  
—¡Espera, verás qué pago  
Te dará esta lanza mía!—  
Arremetió al caballero  
Como fiera embravecida,  
Y con sobrada presteza  
Fuertemente le hería  
De otra lanzada en los pechos,  
El cual en tierra caía:  
Con la furia que le dió  
La lanza quebrado había,  
Y como quedó sin ella,  
En gran peligro se v'ía;  
Porque los dos que quedaban  
Eran de gran valentía.  
Empero el moro brioso  
De los dos se defendía.  
El uno arremetió al moro  
Aburrido de la vida;  
El otro, con muy gran fuerza  
El cuerno tocado había,  
Por dar señal á Narvaez  
Del socorro que pedía.  
El moro, que lo sintió,  
Mirando que se perdía,  
Usó de un ardid de guerra;  
Hizo como quien huía.  
Los caballeros le siguen  
Pensando que se les iba.  
Cuando se vido apartado  
De los que él herido había,  
Arremetió á su caballo,  
Con gran furia le corria,

Y en llegando á los caídos,  
Del caballo se rechina,  
Y con mucha lijereza  
Tomó una lanza que via  
Estar entre aquellos muertos  
Y á la batalla volvia,  
Y como un leon furioso  
Al uno d'ellos derriba.  
Ya tiene cuatro en el suelo,  
El quinto se defendia.  
En esto llegó Narvaez,  
Que ya el ruido oido habia;  
Miráudote está el Alcaide  
Al moro y su valentia;  
Miraba los caballeros  
Que cerca de sí tenia  
En el suelo derribados,  
Y cómo se defendia.  
En esto al moro valiente  
D'esta suerte le decia:  
—Vente á mi, moro valiente,  
Y deja á mi compañía,  
Que d'ella yo te aseguro  
Sobre fe y palabra mia  
Que si no fuere yo solo,  
Ninguno te enojaria.—  
De que aquesto oyera el moro,  
A Narvaez se volvia,  
Y Narvaez para él,  
Que verlos es maravilla.  
¡Con qué destreza y primor  
Cada cual arremetia!  
El moro cansado andaba  
Y el caballo que traia;  
Mas Rodrigo de Narvaez,  
Que de refresco venia,  
Fatigaba tanto al moro,  
Que valerse no podia.  
El valiente moro, viendo  
Que le va la honra y vida,  
Arremete con gran furia,  
Y una lanzada le tira  
Al Alcaide, con tal fuerza,  
Que pensó que acabaria  
Con aquesto la batalla;  
Mas no fué como queria,  
Que la adarga le pasó  
Y otro mal mas no le hacia.  
El valeroso Narvaez  
Para el moro arremetia:  
Hirióle el brazo derecho,  
Que desnudo le traia.  
Luego se abrazó con él,  
Y sacóle de la silla,  
Y con la fuerza que pudo  
En el suelo le derriba,  
Diciendo:—Date á prision,  
Si no quitarte he la vida.  
—Quitármela, cierto, puedes,  
El moro le respondia,  
Mas yo no seré vencido,  
Ni lo tal consentiria,  
Pues que ya lo soy de aquella  
Que primero me venia.—  
Narvaez no le entendió,  
Por ser en algarabía,  
Y usando de su virtud,  
Al moro otorgó la vida.  
Ayudóle á levantar  
Y apretóle la herida  
Que en el brazo le habia dado,  
Y otra que el moro tenia.  
El y toda su compañía  
Para Alora se volvian.  
Caminando todos juntos,  
El moro entre sí gemia.  
Don Rodrigo de Narvaez,  
Que junto, cabe él venia,  
Los ojos puestos en él,

Miraba su lozanía,  
Su gentil disposicion,  
Que por extremo tenia.  
Consideraba lo hecho,  
Su ánimo y osadía,  
Su traje y su vestido,  
Y lo demas que traia;  
Y considerando aquesto,  
Entre sí mismo decia:  
—La tristeza d'este moro,  
Segun mostró su osadía,  
No la causa la prision  
Ni las llagas que tenia.—  
Determinó de le hablar,  
D'esta suerte le decia:  
—Caballero el mas valiente  
Que jamas yo vi en mi vida,  
¡Gran flaqueza me parece  
La que en ti al presente via,  
Que siendo tan valeroso,  
Cuanto varon ser podia,  
Demuestras tanta flaqueza,  
Y tristeza y agonía,  
Y bagas tanto sentimiento,  
Que lástima me ponía!  
Dar suspiros dolorosos,  
De verdad, no parecia  
De valiente caballero,  
Ni tal creerse podia;  
Y si os duele la prision,  
Tambien pudiera ser mia.  
Si es otro el dolor secreto,  
Decidmelo, si os placia;  
Bien podeis fiar de mí  
Sobre fe y palabra mia.—  
El moro alzó la cabeza,  
Que al suelo mirando iba,  
Y respondiendo á Narvaez,  
D'este modo le argüia:  
—¿Cómo os llaman, caballero?  
Cierto saber lo queria,  
Porque os doleis de mi mal  
Y del dolor que sentia.  
—Soy Rodrigo de Narvaez,  
Para lo que te cumplia.—  
Respondió el moro en oírlo  
Con muy sobrada alegría:  
—A Alá doy gracias porque  
A vuestro poder venia.  
Yo he oido vuestra fama,  
Y virtud y valentia,  
Y tengo d'ello experiencia  
Hoy en este mismo día;  
Y porque creais, señor,  
Que el dolor que yo sentia,  
Los suspiros y tristeza  
Y lo que mas padecia,  
Ni las llagas ni prision  
Causarme tal no podia,  
Estadme atento y oiréis  
La triste ventura mia.  
Yo soy Abindarraez el Mozo,  
Y así me llaman hoy día,  
A causa que un tío mio  
El mismo nombre tenia.  
Soy de los Abencerrajes,  
Que en Granada haber solia,  
Do resplandecian las armas,  
El saber, la valentia,  
La virtud y la prudencia,  
El ánimo y la osadía.  
Si mas te contase, Alcaide,  
De dolor reventaria;  
Basta que el Rey informado,  
Con traicion y alevosia,  
Los mandó descabezar,  
Doce que eran, en un día,  
Diciendo que todos ellos  
Le querian quitar la vida,

Y entre sí partir el reino;  
Y fué traicion y mentira.  
Al fin, que murió sin culpa  
La flor de caballería.  
El mandó que si en Granada  
Un Abencerraje habia,  
Saliese de la ciudad,  
Sin detenerse ni un día;  
Y á todos sus descendientes  
Puso pena de la vida,  
Si en la ciudad se hallase  
De aquella genealogía.  
En fin, ya de Abencerrajes  
En Granada no habia  
Memoria, sino mi padre,  
Que allí vivir consentia,  
Porque sin culpa le halló,  
Y el Rey así lo creia,  
Con tal que si hubiese hijos,  
A los varones, decia,  
No se crien en Granada,  
Ni asistiesen en su vida.  
Cuando yo nací, cuitado,  
Luego mi madre me envia  
Para que fuese criado  
En Cartama, aquea villa.  
Encargárame al Alcaide,  
Que mi padre le tenia  
Por grande amigo, y lo era,  
Y en obras lo parecia.  
Con una hija sola, suya,  
Me criaba, y le servia:  
Ella me llamaba hermano,  
Y yo á ella hermana mia,  
Y como amados hermanos  
Pasábamos nuestra vida,  
El amor entre los dos  
Diferencia no ponía:  
Como á hermano me amaba,  
Como á hermana la queria.  
Tanto creció en hermosura,  
Que par con ella no habia.  
Vita una vez en la fuente  
Que en nuestro jardin corria,  
Peinándose los cabellos  
Como oro de Alejandria;  
A la hermosa Salmacia  
En belleza parecia.  
Dijela:—¿Quién fuera tronco  
Para estar junto á esta ninfa,  
Sin quitarme jamas d'ella  
Ni de noche ni de día!—  
Con su gracia y hermosura,  
Corriendo á mí se venja,  
Y abrazándome me dijo:  
—¿Ay hermano de mi vida,  
Decidme, ¿de dó venis?  
Que yo buscado os habia.  
—Yo tambien á vos, hermana,  
Que sin vos no hay alegría.  
Pero vos ¿cómo sabeis  
Que seais hermana mia?  
—No mas que del grande amor  
Que como hermano os tenia,  
Y el ver tambien que mi padre  
Como á sus hijos nos cria.—  
Otras mil cosas pasamos  
Que el amor nos insistia,  
Y como el tiempo descubre  
Las cosas, yo supe un día  
Cómo no era mi hermana,  
Y holguéme con demasia.  
En el tiempo que Cupido  
Esas marañas urdia  
Mandara el Rey al Alcaide,  
Para mayor pena mia,  
Que de Cartama pasase  
A Coin, aquea villa,  
Y que me dejase á mí

En Cartama todavia,  
Y que él se fuese á Coin,  
Que era mejor alcaldía.—  
¡Oh valeroso Narvaez,  
Y cómo te contaria  
El dolor y la tristeza  
Que mi ánima sentia  
Cuando tales nuevas supe,  
Y viendo lo que ella hacia!  
Un día que nos hablamos,  
D'esta suerte me decia:  
—Mi querido Abencerraje,  
Sábetete que en esta ida  
Y en apartarme de tí  
Se me aparta el alma mia  
D'estas afligidas carnes,  
Que sufrir no lo podia,  
Que ya parece que estoy  
En la última agonía:  
Yo quiero, mi Abencerraje,  
Ser tuya toda mi vida;  
Tuya será mi hacienda,  
Tuyo cuanto yo tenia,  
Y tuya será mi honra,  
Mi bien, mi sér y alegría.  
Quiero que seas mi esposo,  
Pues fortuna así lo guia.  
Para confirmacion d'esto  
En el punto, hora y día  
Que llegada sea á Coin,  
Do al presente me tenia,  
Habiendo lugar y tiempo,  
Por cualquier manera ó via  
Te prometo de avisar,  
Sobre fe y palabra mia,  
Y vayas allí á hablarme,  
Donde se concertaria  
Nuestro negocio del todo,  
Así como convenia.—  
Luego la besé las manos  
Por la merced que me hacia,  
Y así se partió mi bien  
Luego en el siguiente día.  
¡Lo que yo pasé en ausencia  
Digo, el mal que yo sentia  
Aquel poderoso Alá  
Solamente lo sabia!  
Hoy con una su criada,  
De quien ella mucho lia,  
Me ha enviado á llamar  
Que esta noche sea mi ida.  
De la manera que ves  
A ver mi señora iba;  
Empero quiso la suerte  
Y triste ventura mia  
Apartarme tanto bien,  
Y contento y alegría.  
Iba agora, el mas alegre  
Abencerraje que habia,  
De Cartama adonde vivo,  
A Coin, aquea villa,  
A casar con mi señora  
Y á gozar su lozanía,  
Y ya me veo cautivo,  
Mal herido, aunque con vida;  
Que mas quisiera perder,  
Que verme como me via.  
Déjame agora, cristiano,  
Lamentar la suerte mia  
Con suspiros y con lloros,  
Pues pierdo el bien que tenia.  
No pienses que los suspiros  
Los echo de cobardia,  
Ni las heridas que tengo  
Me dan pesar ni fatiga.—  
En diciendo aquesto el moro,  
Tan gran tristeza tenia,  
Que abajada la cabeza  
Lloraba cuanto podia,

Don Rodrigo de Narvaez  
 D'esta manera decia :  
 —Afligido Abencerraje,  
 Pues fortuna así lo guía,  
 Quiérote mostrar que puedo  
 Mas tu virtud y valía  
 Que no tu adversa fortuna :  
 Por tanto ten alegría.  
 Si me prometes volver  
 Dentro del tercero día  
 A mi poder y prision  
 En aquesta villa mía,  
 Yo te daré libertad,  
 Para que sigas tu vía.—  
 El Abindarraez, oyendo  
 Lo que Narvaez decia,  
 Quiso arrojarle á sus piés :  
 Narvaez no lo consentia ;  
 Pero tomóle la mano,  
 Y otra vez le persuadia :  
 —Abindarraez, ¿prometes,  
 En fe de caballería,  
 De volver á mi prision,  
 Como dicho te tenia ?  
 —Si prometo, respondió  
 Aunque yo pierda la vida.  
 —Anda, y sigue tu ventura,  
 El Alcaide respondia,  
 Y mira, si es necesario,  
 Iré yo en tu compañía :  
 Si te falta alguna cosa,  
 Pide, pues te la daría.—  
 El moro con rostro alegre  
 Mucho se lo agradecia :  
 Cabalgó en otro caballo,  
 Porque el suyo herido iba,  
 Y aprisa se va á Coin,  
 Y Narvaez á su villa.  
 Caminando Abindarraez,  
 Con grandísima alegría,  
 A Coin, como está cerca,  
 Muy presto llegado habia,  
 Donde le estaba aguardando  
 Triste ia hermosa Jarifa.  
 Empero, cuando la vido  
 Gran consuelo recibia :  
 Tomárale por la mano,  
 Requebrándole decia :  
 —¿En qué, di, te has detenido,  
 Mi señor y vida mía ?  
 ¡Cierto que tu negligencia  
 Gran recelo me ponía !  
 —Señora, respondió el moro,  
 Negligencia en mí no habia ;  
 Mas suelen suceder cosas,  
 Que el hombre ver no querría.—  
 La plática resumieron ;  
 Por la mano le ponía  
 En un muy rico aposento ;  
 Junto á sí sentar le hacia  
 En una estremada cama  
 Que aderezada tenia,  
 Y con voz dulce y suave,  
 Dándole amor osadia,  
 Dijo :—Abindarraez, sepa  
 Que d'esta suerte cumplia  
 Aquesta cautiva tuya  
 La fe que dado te habia,  
 Y por hacerte señor  
 De mí y cuanto poseía,  
 Aquí te mandé venir  
 Y estar en mi compañía  
 Debajo nombre de esposo,  
 Y esto es lo que convenia  
 A tu estado y á mi honra,  
 Si lealtad en tí habia.—  
 El moro, casi de empacho  
 De ver que se descubria,  
 La fué á tomar en los brazos,

Y con mucha cortesía  
 Besaba sus blancas manos,  
 Por la merced que le hacia,  
 Y ser su esposo promete :  
 Su boca á la suya unia,  
 Y ella por consiguiente,  
 Al moro se sometía.  
 Suplicóle que cenase,  
 Que ella también cenaría.  
 Asentáronse los dos  
 En una pieza do habia  
 Viandas aparejadas.  
 Y una moza que servía.  
 Ya despues de haber cenado,  
 Porque amor les convenia,  
 Incitó á que se acostasen,  
 Y allí, con mucha alegría,  
 Les enseñó á dar requiebros  
 Y á hacer lo que convenia.  
 Causados, ella durmióse,  
 Y él pensando que tenia  
 De volver á ser cautivo,  
 De congoja no dormía  
 Revolviéndose en la cama,  
 Tanto, que ella lo sentía,  
 Por lo cual estuvo atenta,  
 Que nada se revolvia,  
 Para entender su querido  
 De qué quejaba ó gemía.  
 Al cabo de rato el moro,  
 Como el pesar le vencía,  
 Fué á echar un gran suspiro ;  
 Ella, en ver que no podía  
 Sufrir tan notable afrenta  
 De su honra y lozania,  
 Asentárase en la cama  
 Y con la voz que sentía  
 De no publicar tristeza,  
 Aunque el alma la afligia,  
 Dijole al moro :—¿Qué tienes,  
 O de qué se entristecia  
 Tu corazón, ó en qué cosa  
 Mi corazón te ofendía ?  
 Pues si yo soy, cual tú dices,  
 Tu contento y alegría,  
 ¿Por qué suspiras agora ?  
 Y si no lo soy, querría  
 Saber ¿por qué me engañaste,  
 O qué fué tu fantasía ?  
 Di si sirves á otra dama,  
 O quién es por cortesía,  
 Porque si es más hermosa,  
 Yo también la serviría.—  
 El entonces de consuelo  
 Con un suspiro acudia,  
 Diciendo :—Luz de mis ojos,  
 Mi esperanza, amparo y guía,  
 Es mi pena y sentimiento  
 Que si de vos me partía  
 He de quedar prisionero  
 De un cristiano de valía,  
 Que se llama Don Rodrigo,  
 El que en Alora vivía.—  
 Luego entonces le contó  
 Lo que sucedido habia,  
 Y añadió mas :—Si suspiros  
 Salieron d'esta alma mía,  
 De lealtad eran sobrada,  
 No cierto de alevosía.—  
 Y acabando estas razones,  
 Doblado la entristecia.  
 Ella, por mas consolarle,  
 Como que se sonreía,  
 Y dijo :—No te congojes,  
 Abindarraez, por tu vida,  
 Que yo tomaré á mi cargo  
 De remediar tal fatiga,  
 Cuanto mas, que pues cautivo  
 Fuiste por mí en este día,

Quiero tases tu rescate,  
 Que yo se lo enviaria  
 A ese tan noble Alcaide,  
 Pues los tesoros tenia  
 De mi padre á mi mandado,  
 Y en el tuyo los pondria  
 Para que dispongas d'ellos  
 A tu gusto y fantasía.—  
 El Abencerraje moro  
 Respondió :—Bien parecia  
 Que el amor que tú me tienes  
 Te da esfuerzo y osadia  
 Para haber de aconsejarme  
 Lo que á mí no me cumplia ;  
 Has de saber que tal yerro  
 Nunca lo cometería.  
 Yo me iré derecho á Alora,  
 Y en sus manos me pondria  
 Del Alcaide tan piadoso,  
 Cual ofrecido le habia.  
 Y tras hacer lo que debo,  
 Fortuna siga su vía.  
 —¡Ay! nunca consienta Dios,  
 Dijo la hermosa Jarifa,  
 Que yendo tú á ser cautivo  
 No vaya en tu compañía.—  
 Con este pacto y acuerdo,  
 Antes que fuese de día  
 Ya parten los dos amantes  
 Al punto que amanecia.  
 Fuéron llegados á Alora,  
 Y Narvaez los recibia  
 Con un entrañable amor,  
 Que de virtud procedia.  
 El moro dijo al Alcaide :  
 —¿Ves, Narvaez, si cumplia  
 La palabra que te he dado,  
 Que á tu mano volvería ?  
 Un preso te prometí,  
 Y dos presos te traía,  
 Que el uno basta á prender  
 Cuantos cristianos habia ;  
 Que si yo viniera solo,  
 Cuerpo sin alma vendria.  
 Agora haz de los dos  
 Lo que te pareciera.  
 Esta que conmigo traigo  
 Es mi señora Jarifa :  
 Yo fío de tí mi honra,  
 Que bien guardada tendria.—  
 Narvaez holgó en extremo  
 De lo que el moro decia :  
 Fuéron luego aposentados  
 Como á los dos convenia,  
 Curando al Abencerraje  
 Las dos heridas que habia  
 Recibido en la batalla,  
 Que enconadas las tenia.  
 Don Rodrigo de Narvaez,  
 Que en virtudes florecia,  
 Escribió al rey de Granada  
 Lo que sucedido habia  
 Con el moro Abencerraje,  
 Y de cómo lo tenia  
 En la su villa cautivo,  
 Casado á su fantasía  
 Con la hija del alcaide  
 De Coin, que allí asistía ;  
 Que si su Alteza quisiese,  
 Todo se remediaría.  
 Que alcanzase allá perdon  
 De su parte, y que él daria  
 Por libre al Abencerraje.  
 Al Rey mucho le placia,  
 Por ser Don Rodrigo honrado  
 Lo que en su carta ofrecia :  
 Y así, vista la presente,  
 Esta provision hacia,  
 Que mandó á su padre d'ella

Luego se parta aquel día,  
 Y los reciba en su gracia,  
 Que á su servicio cumpla,  
 Por contentar á Narvaez,  
 Que mucho lo merecía.  
 Sintiólo en el alma el padre ;  
 Mas viendo que no podia  
 Traspasar el mandamiento,  
 Húmilmente obedecia.  
 Para Alora se fué luego,  
 Como aquel que lo sabia,  
 A do fué bien recibido  
 Del Abencerraje y su hija,  
 Y le besaron las manos,  
 Y el padre les bendecia ;  
 Dándoles el parabien,  
 A su hija le decia :  
 —Vos escogistes marido,  
 El mejor que ser podia.—  
 Don Rodrigo de Narvaez  
 De contento no cabia :  
 Ilizoles solemnes fiestas,  
 Banquetes de gran valía,  
 Y acabando de comer,  
 En un señalado día,  
 Estando los tres presentes,  
 Narvaez les proponia :  
 —Perdonadme, mis señores,  
 Si no he hecho lo que debía  
 En serviros y agraderos,  
 Segun es vuestra valía.—  
 Respondió el padre por todos,  
 Por saber bien la aljemia :  
 —Antes tenemos accepta  
 La sobrada cortesía.—  
 Don Rodrigo de Narvaez  
 Al moro y dama decia  
 Se vayan cuando quisiesen,  
 Que en libertad los ponía.  
 Los dos le dieron las gracias,  
 Cada cual como sabia,  
 Y sin detenerse mas  
 Se parten luego aquel día.  
 Narvaez los acompaña  
 Un gran trecho de la villa,  
 Y despidiéndose d'ellos,  
 Para Alora se volvia.  
 Caminan los desposados,  
 Que el pesar no le sentían.  
 Allegaron á Coin,  
 Do grandes fiestas hacían  
 Al padre d'ella en las bodas,  
 Cual su estado requería.  
 Acabadas, tomó aparte  
 A los dos en compañía,  
 Y díjoles :—Hijos míos,  
 Pues de cuanto yo tenia  
 Sois señores, si vivís  
 Con quietud, paz y alegría,  
 Gran razon es que cumpláis  
 Lo que á la honra convenia,  
 Con este alcaide de Alora,  
 Do la virtud residía,  
 Y es que se le dé el rescate  
 Que tan justo se debía ;  
 Mi parecer es aqueste,  
 Aunque no nos le pedía.  
 Cuatro mil doblas jaenes  
 Veis aquí de parte mía,  
 Y tenedle por amigo,  
 Porque á todos convenia.—  
 El Abencerraje, viendo  
 Lo que el suegro le ofrecía,  
 Aceptándolas las puso  
 En un cofre de valía,  
 Y seis hermosos caballos  
 Ornados á maravilla ;  
 Seis adargas emborladas  
 De plata y de seda fina ;